

UN VERANO EN EL MÉXICO DE REVILLAGIGEDO, 1791

VIRGINIA GONZÁLEZ CLAVERÁN
El Colegio de México

SON CONTADOS LOS TESTIMONIOS coloniales que pertenecen al género de los diarios: el de Gregorio Martín Guijo y Antonio de Robles para el siglo xvii, y el de José Gómez Moreno para el xviii son los más conocidos. En este trabajo nos ocuparemos de un breve diario de las postrimerías del Siglo de las Luces: el inédito del marino Arcadio Pineda y Ramírez del Pulgar,¹ hermano del destacado naturalista y militar, Antonio Pineda.² Ambos formaron parte de la Expedición Malaspina e integraron la comisión que tuvo por objetivo realizar un estudio global de la Nueva España en 1791. A principios de aquel año desembarcaron en Acapulco las corbetas expedicionarias *Descubierta* y *Atrevida*, al mando

¹ Arcadio Pineda nació en Granada, España, en 1765 y muy joven ingresó a la Escuela de Guardias Marinas. La Expedición Malaspina le contrató siendo alférez de fragata. A la muerte de su hermano Antonio, recibió la cruz pensionada de Carlos III. Participó militarmente en la guerra de España contra Inglaterra, en 1797. No destacó como marino; murió en 1826 habiendo alcanzado el grado de capitán de fragata. GONZÁLEZ CLAVERÁN, 1988, pp. 464, 465. Véanse las siglas y la bibliografía al final de este artículo.

² Nació en Guatemala en 1753. Hizo la carrera militar en España y aunque se distinguió en algunos combates, su obra más importante la realizó en el campo de la historia natural. Su participación como jefe de este ramo dentro de la Expedición Malaspina, realmente fue asombrosa. Murió en Ilocos, Filipinas, el 6 de junio de 1792, cuando trabajaba para ampliar los horizontes científicos de su época. GONZÁLEZ CLAVERÁN, 1988, pp. 109 y ss.

del comandante Alejandro Malaspina, y del segundo en jefe, José Bustamante y Guerra. Ellos emprendieron una campaña científica hasta el noroeste de América, lo cual los mantuvo ocupados todo el verano, pues regresaron a las costas novohispanas al comenzar octubre, y el equipo completo permaneció en el virreinato hasta diciembre de 1791.

La Comisión Científica Novohispana se dividió en dos grupos. Uno encargado del estudio de la naturaleza, a cuyo frente quedó el guatemalteco Antonio Pineda, y otro de las tareas astronómicas y recopilación de datos generales, a cargo del marino Dionisio Alcalá Galiano. En este último grupo quedó Arcadio, a quien el comandante asignó la tarea específica de recoger datos útiles sobre el reino, tanto de índole económica como histórica, social, militar o política.³

La Comisión Científica Novohispana, desembarcada en Acapulco, se pone en marcha rumbo a la capital a principios de mayo de 1791, y recorre el transitado camino por donde se movilizaban las mercancías de Oriente y la América central y sureña hacia México, y por donde a su vez la Nueva España enviaba hasta remotísimos parajes su plata, algunos productos locales y un continuo flujo de hombres. Llega al corazón del reino a fines de mayo. El naturalista Antonio, después de haber examinado con detenimiento las minas de Taxco, arribó el 4 de junio.

El diario de Arcadio Pineda apenas abarca el verano de 1791. Las anotaciones, que comienzan el 28 de mayo y terminan el 13 de agosto, son irregulares y en ocasiones imprecisas. Por lo que respecta a los apuntes de un día, notamos que se hacen conforme a las divisiones temporales principales: mañana, tarde, noche, pero no siempre ocurre así. Entre el 21 de junio y el 13 de agosto aparecen varios datos sin fecha en el margen izquierdo de la foja. Por otra parte, ignoramos por qué Arcadio suspendió sus anotaciones el 13 de agosto. Quizá se vio tan apurado transcribiendo, que ya no pudo darse el lujo de llevar un diario.⁴ Cabe señalar que la

³ GONZÁLEZ CLAVERÁN, 1988, pp. 104-109.

⁴ Cabe señalar que en el vol. 562 del Archivo del Museo Naval de Madrid existe un documento —el segundo— transcrito conjuntamente

última anotación se registró en una fecha significativa para la historia de la ciudad, el día de San Hipólito, doscientos setenta aniversario de la caída de la gran México-Tenochtitlán.

La información ofrecida por Arcadio Pineda varía conforme a los temas que trata. En ocasiones es muy parco, en otras se expulsa; esto último refleja su interés, su falta de premura, o el grado en que los asuntos, la gente y las cosas le impresionaron. La temática del diario de Pineda —repartida en 28 fojas— es muy diversa, tal como lo fueron sus actividades. El autor se refiere al tiempo que dedicaron a cubrir sus respectivas comisiones científicas, aunque en lo estricto, sus observaciones resultaron ser materia prima para los objetivos del viaje explorador, así se trate de compromisos sociales, muchos de los cuales no pudieron evadir a pesar de sus absorbentes ocupaciones.

Arcadio y sus compañeros —Dionisio Alcalá Galiano, Manuel Novales, Martín de Olavide, su hermano Antonio— se alojaron en el Colegio de Minería. Como la llegada de la Expedición Malaspina a la Nueva España, y a la ciudad de México en particular, fue un acontecimiento de enorme importancia social, científica y política, un gran número de personas se desplazó diariamente hasta su *cuartel de operaciones* para conocerlos, saludarlos, ofrecerles sus respetos y ayuda. Aunque el arisco Arcadio vio con antipatía este sano interés y las efusivas muestras de afecto de que eran objeto por parte de los lugareños, también reconoció que entre los curiosos había muchos que podían colaborar con él en la consecución de las metas que se fijó durante su estancia en el virreinato. De hecho, sabemos que abundaron los gestos no sólo amistosos sino generosos y solidarios hacia los expe-

por Arcadio Pineda y su hermano Antonio, donde se repiten, y enriquecen, datos incluidos por Arcadio Pineda en su diario de verano, y se ofrecen otros nuevos, basados en un manuscrito anónimo que les facilitaron en México. Aquí se refieren a lugares que presumiblemente visitaron entre julio y agosto de 1791, tales como la fábrica de puros y cigarros y el pintoresco baratillo.

dicionarios, entre otros, nada menos que los del ilustre gobernante en turno, Juan Vicente Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de Revillagigedo (1740-1799).

Así pues, aparte de las referencias a tareas científicas y compromisos sociales, el marino de Granada registró las visitas realizadas dentro de la ciudad y sus alrededores para conseguir datos. Con este móvil, solo o acompañado, acude a varias instituciones de las cuales a veces describe su aspecto físico, su funcionamiento, o brinda datos superficiales o muy concretos sobre ellas. En ocasiones adivinamos sus pesquisas realizadas en el archivo virreinal, pues anota datos económicos; por ejemplo, acerca de la producción de oro y plata del reino, o de las erogaciones hechas por el gobierno para satisfacer los costos de construcción y reconstrucción de las fortalezas de San Juan de Ulúa y Acapulco.

También se perciben conversaciones sostenidas con funcionarios, que dieron por resultado notas de carácter anecdótico: sobre el encubrimiento que la audiencia y los parientes del conde de Gálvez hicieron de la muerte de éste a su tío, el marqués de la Sonora, así como de algunas noticias sobre la lucha por el poder en las Islas Filipinas. En el caso de las líneas alusivas a las incursiones de ingleses por el reino de la Nueva Granada, sabemos que el informante fue el inquisidor Bernardo de Prado.

Además, tenemos las amenas descripciones de los paseos, diversiones y fiestas a las que asistió Arcadio; constituyen pinceladas que nos aproximan a cómo era la ciudad de México, y cómo vivía la sociedad capitalina en el preciso año de 1791. Situada en el valle del mismo nombre, en otros tiempos se la describió como “otra Venecia en el Adriático”, porque la rodeaban lagunas, pero en 1791 la hidrografía del valle había cambiado; las lagunas, con excepción de la de Texcoco que distaba dos leguas de la capital, lamentablemente se habían secado, o casi.

Con una superficie que duplicaba la de Sevilla, su planta formaba un cuadrado con un apéndice al norte y otro al sur. La simetría de sus calles, el aseo y los numerosos edificios con aire de palacios, construidos y decorados con piedra volcánica, al igual que las iglesias —a menudo al “perverso

gusto de Churriguera” —,⁵ hacían de México en conjunto una urbe grata a la vista, que nada tenía que envidiar a Madrid, corazón del imperio.

Arcadio nos introduce en las costumbres de los novohispanos; nos habla de personajes de diferentes estratos sociales: los criollos cultivados, los criollos ricos, los léperos —seguramente mestizos—, las acaudaladas mas no bellas mujeres. Refiriéndose a sus actividades, a sus vestidos y coches, el autor del *Diario* nos ofrece un magnífico fresco del México revillagigediano, del México de Alzate, Costanzó, Elhúyar, León y Gama, Martín de Sessé, O’Sullivan, Gerónimo Gil. Nos encontramos ante una sociedad compleja, una metrópoli recién reformada en su aspecto urbano, en plena ebullición cultural, bajo la vigorosa “mano dura” del virrey oriundo de La Habana, de nuestra América, quien debió amar mucho esta tierra para haber trabajado tan arduamente con la meta de verla crecer, lógicamente beneficiando de paso a España. Lo cierto es que Revillagigedo se preocupó por todos y cada uno de los aspectos que le tocó administrar; con ello tuvo, según sus propias palabras, la “satisfacción que da el obrar bien, y conocer que se logra el fruto de las tareas que se toman en el mejor servicio del rey y utilidad del público”.⁶ El rico acervo del Museo Naval matritense atesora una hermosa carta escrita por este destacado político el 25 de febrero de 1789, tras su designación como virrey de la Nueva España.

No puedo dexar de participar . . . la mayor satisfacción que tengo en bolber a un pays que miro y he mirado siempre como propio, por haber poco menos que nacido en él, deviéndole el amor y atención que tubo siempre con mi buen padre a quien voy a suceder a su mando. Por nada es esto más apreciable para mí que por la proporcion que media de procurar la felicidad de todo el reyno, y determinadamente la de esa ciudad que espero unirá conmigo todos sus esfuerzòs para promover con toda acti-

⁵ AMNM, Ms. 562, ff. 126-145.

⁶ REVILLAGIGEDO, 1966, p. 370. Revillagigedo gobernó la Nueva España de 1789 a 1794.

vidad zelo y constancia, quanto pueda ser útil a ella.⁷

El balance de la gestión gubernativa de este virrey, al cabo de dos siglos, permite dar su justo valor a este testimonio, que afortunadamente para los mexicanos, no se quedó en letra muerta, en vana promesa.

Así pues, tan notable personaje “apadrinó.” gustosamente a los expedicionarios, pese a lo cual el desabrido Arcadio se refiere al virrey de manera muy superficial: asistieron a su tertulia, le visitaron por su delicada salud, no pudo recibir a su hermano Antonio. . . No obstante, el marino reconoce sus incuestionables méritos al referirse a la modernización y mejoras introducidas en la ciudad, alabando siempre la sobriedad y el estilo neoclásico, al que eran tan afectos los “ilustrados”, la vanguardia cultural del momento.

LAS ACTIVIDADES CIENTÍFICAS

Apenas llegaron a la ciudad de México Arcadio y sus compañeros, miembros de la Real Expedición Botánica destacada en Nueva España, se apresuraron a entrar en contacto con sus colegas científicos, con quienes intercambiaron información de fundamental importancia. Sabemos que Martín de Sessé —director de la Expedición—, el naturalista José Longinos Martínez y el catedrático Vicente Cervantes tuvieron una intensa y fructífera comunicación con la expedición en tránsito, el año de 1791. Apenas se instalaron, Cervantes los convidó a presenciar una función de apertura del curso de botánica a su cargo, la cual tuvo lugar el 28 de mayo a partir de las cuatro y media de la tarde.⁸

⁷ AMNM, Ms. 563, f. 286.

⁸ AMNM, Ms. 562, f. 148. Véase GONZALEZ CLAVERÁN, 1988, p. 195. Esta Real Expedición Botánica a Nueva España ha sido ampliamente estudiada por Juan Carlos ARIAS DIRITO: *Las Expediciones Científicas Españolas durante el siglo XVIII. Expedición Botánica de Nueva España*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1968, y por Xavier LOZOYA LEGORRETA en *Plantas y luces. La Real Expedición Científica a Nueva España 1787-1803*, Barcelona, Serbal, 1984.

Por su parte, el tozudo zoólogo Longinos Martínez los invitó a visitar su gabinete la tarde del 9 de junio. Arcadio lo califica de “primoroso Gavinete de Historia Natural”,⁹ explicando que para enriquecer su colección, el hábil Longinos labraba con sus propias manos figuras de cera de temas anatómicos, lo cual deja ver su vocación y entusiasmo por las ciencias de la naturaleza.

De hecho gran número de hombres curiosos tenían sus gabinetes en casa; entre ellos se cuentan importantes funcionarios de la colonia como el oidor Ciriaco González de Carvajal, y el superintendente de la aduana, Sebastián Páez. Éste, que por cierto falleció al poco tiempo, era un hombre culto y de gran sensibilidad, y quien gracias a sus largos y múltiples viajes fue reuniendo piezas para montar un gabinete particular con las “curiosidades más primorosas y escojidas”.¹⁰

Desde luego, dado el carácter de sus comisiones, nuestros personajes visitaron a otras figuras destacadas de las “Luces” novohispanas. Una de ellas fue el astrónomo Antonio de León y Gama, cuya casa, situada en la céntrica calle del Reloj, era además un observatorio desde donde el mismísimo Alejandro Malaspina no desdeñó hacer auscultaciones celestes en abril de 1791. Alcalá Galiano y “sus marinos” fueron allí a menudo con fines astronómicos, y el 1 de junio los acompañó Arcadio para recoger un cuarto de círculo, valioso instrumento traído a México en 1769 para observar el paso de Venus por el disco del sol, que entonces necesitaba algunos ajustes.¹¹

El domicilio de don José Antonio de Alzate y Ramírez también se convirtió en sede extraoficial de los malaspinianos. El presbítero hizo muy buenas migas con el militar y

⁹ AMNM, Ms. 562, ff. 151v, 152.

¹⁰ AMNM, Ms. 562, f. 151v.

¹¹ AMNM, Ms. 562, f. 150. Malaspina consiguió la aprobación vi-reinal para recuperar este aparato que en rigor pertenecía al Real Observatorio Astronómico de Cádiz, que en esta ocasión sirvió a los fines científicos del equipo malaspiniano. GONZÁLEZ CLAVERÁN, 1988a, pp. 155, 156.

naturalista Antonio Pineda y Ramírez, y juntos llevaron a cabo varias excursiones por los alrededores de la capital. En su diario, Arcadio registra algunos de sus hallazgos. Señala que Alzate facilitó a su hermano importantísimos conocimientos ictiológicos.¹²

La casa—gabinete de don Antonio de Alzate impresionó a Arcadio. Allí pasaron la tarde del 11 de junio, departiendo con su ilustre anfitrión, el director de la *Gaceta de Literatura*, que “tanto honor” daba al país. Por todo lo que les rodeaba hacía evidente que su dueño era un *verdadero filósofo*; abundaban las antigüedades, producciones naturales, planos, memorias y noticias; “sería difícil numerar las diferentes materias en que se ha empleado su pluma las más veces con el acierto propio de un profundo observador”, sin embargo, apunta Arcadio Pineda, su pluma claridosa y “demasiados áires” le habían atraído un copioso ejército de enemigos empeñados en “oscurecer su mérito”.¹³

Sus tareas de investigación histórica económica y política las contamos dentro de las actividades científicas. Arcadio Pineda, —ya dijimos— era el principal responsable de este ramo y justo es reconocer que trabajó arduamente en ello. Confiesa que le eran insuficientes siete horas diarias de trabajo matutino para la transcripción documental, por ello no cejó en el empeño de contratar un escribiente que le aligerara el trabajo: finalmente lo consiguió. Aunque muchos papeles se los facilitaron sus colegas y amigos novohispanos y españoles, Arcadio tuvo que dirigirse a diversas instituciones para recopilar información: la universidad, que entonces tenía una biblioteca pública “vastante bien surtida, pero no [conservaba] manuscritos antiguos ni pasajes esquisitos de su Historia”, apunta el diarista.¹⁴ El “Museo” de Boturini se fue desintegrando paulatinamente por orden de dife-

¹² AMNM, Ms. 562, ff. 154. Véase GONZÁLEZ CLAVERÁN, 1988, p. 212. Alzate ya había hecho minuciosas observaciones sobre las aguas de las lagunas de Texcoco y Chalco, comparando el tipo de peces que las poblaban respectivamente. LOMBARDO DE RUIZ, 1982, p. 207.

¹³ AMNM, Ms. 562, f. 154v.

¹⁴ AMNM, Ms. 562, f. 159v.

rentes virreyes. Este despojo también lo percibió en las bibliotecas de diferentes conventos. La catedral poseía una rica biblioteca que crecía gracias a donaciones de feligreses, pero que lamentablemente no era accesible al público curioso; sólo contadísimos clérigos y la polilla entraban a este acervo.¹⁵

INSTITUCIONES LAICAS

El tribunal de la Acordada

La sede del Tribunal de la Acordada se encontraba próxima a la Alameda, pero no fue el edificio, sino la institución que albergaba, lo que llamó la atención del curioso Arcadio.

La delincuencia, inherente a una sociedad injusta, y nacida en siglos anteriores, alcanzó uno de sus puntos álgidos durante el siglo XVIII. Los caminos se volvieron intransitables debido a los fascinerosos, y la corrupción reinante era tal, que para protegerse de ellos los viajeros no tenían más remedio que comprar en las ciudades un *seguro* o *pasaporte*, que era por cierto muy caro, “cuyo escandaloso contrato —apunta Arcadio— se ejercitaba públicamente sin que el Gobierno ni las justicias pudieren evitarlo”.¹⁶ Tales excesos propiciaron la creación de la Hermandad de la Acordada, la cual logró su máxima efectividad y fama bajo la dirección de los Velázquez Lorea, padre e hijo. Ellos impusieron al fin la justicia y el orden, poniendo a raya a los malhechores que pululaban por la colonia.¹⁷

Sin embargo, aquella Acordada que funcionó correctamente gracias a la recia personalidad de los Velázquez Lo-

¹⁵ AMNM, Ms. 562, f. 160.

¹⁶ AMNM, Ms. 562, f. 148.

¹⁷ El Real Tribunal de la Acordada se creó en 1719, bajo la gestión del virrey marqués de Valero, como institución impartidora de justicia, independiente de la Sala del Crimen. BAZÁN, 1964, p. 341. Sobre este tema, véase también el artículo de Fernando CASADO FERNÁNDEZ-MENSAGUE, “El tribunal de la Acordada de Nueva España”, *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, EEHA, 1950, t. VII.

rea, decayó tras su muerte, prestándose, por su “viciosa constitución”, a los abusos que Arcadio denunció en 1791. Dictar las sentencias —incluso de muerte— recaía sólo en un juez, que hasta podía ser iletrado, al cual auxiliaban dos asesores abogados, cuyos dictámenes, si se le antojaba al juez, eran pasados por alto. Por otra parte, la hermandad comenzó a dictaminar en causas que no le competían, y entre el juez y los 800 comisarios que estaban esparcidos por el reino, apenas unos cuantos salían libres de acusaciones de abuso de autoridad. En suma, la institución ya no estaba respondiendo a lo que la sociedad novohispana esperaba de ella. Esto hizo que los virreyes intervinieran en el asunto, disponiendo la creación de una junta revisora de los dictámenes del juez y sus asesores. En la época que gobernaba el virrey segundo conde de Revillagigedo, llegó una real cédula que ordenaba que, antes de ejecutar sus sentencias, la Acordada debía girarlas al virrey para su sanción, revocación o modificación.¹⁸

La Real Academia de San Carlos

Inexplicablemente, Arcadio y sus colegas escogieron el más inapropiado de los horarios para visitar la Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos de México, donde una de las motivaciones hubiese sido el admirar de manera cabal las producciones artísticas de los novohispanos. Pues a esta institución cultural se les ocurrió dirigir sus pasos la noche del 9 de junio de 1791.

Fundada en la época del conde de Gálvez,¹⁹ la Real Academia de San Carlos ocupaba entonces una de las viviendas de la Casa de Moneda. Tenía un presidente y ocho conciliarios, además de sus respectivos directores de pintura, arquitectura, grabado en lámina, matemáticas y escultura, cuyas

¹⁸ REVILLAGIGEDO, 1966, p. 139.

¹⁹ Véase Thomas A. BROWN, *La Academia de San Carlos de la Nueva España*, México, Sep-Setentas, 1976 (núms. 299 y 300).

artes se enseñaban “gratuitamente al crecido número de aficionados que se dedican a ellas”.²⁰

Arcadio hace una reseña de las carencias y ventajas de la Academia. Respecto a las primeras anota que hacían falta en el plantel buenos modelos de yeso. Escribe que los modelos de pintura sí abundaban, pero preguntándose con sarcasmo si “pareseran mejor de día que de noche”.²¹ Un problema serio era el de la falta de lápices. Para aliviar esto, los alumnos utilizaban carbón que nunca lograban afinar, lo cual repercutía en la mala interpretación de sus sombras y en la imposibilidad de hacer líneas finas. Arcadio pensó que la Academia debía preocuparse por importar lápices, que en grandes cantidades saldrían baratos. Otra “fatalidad” era que las luces y velones enrarecían el ambiente debido a la falta de ventilación de las salas. Para concluir con la lista de fallas agregaremos que la clase de matemáticas no le pareció de gran nivel a Arcadio, pero lo justificó explicando que apenas se había establecido esta cátedra en la Academia.²²

En 1791 la Academia mantenía a 16 pensionados y a dos supernumerarios, quienes se ocupaban de cultivar las diferentes artes; cabe señalar que cuatro de ellos eran *indios puros*. Por otra parte, una junta especial repartía premios en dinero a los autores de las mejores obras.

Arcadio estimó que con el tiempo México tendría “una multitud de maestros en las Nobles Artes que le harán mucho honor, aumentando su hermosura, aunque quizá con perjuicio de ellos mismos”. Presumiblemente se refiere a la dura competencia que se establecería entre el crecido número de egresados de San Carlos.²³

Justamente tres elementos de esta noble institución engrosaron las filas de la Expedición Malaspina. El dibujante Tomás de Suria, el pintor y arquitecto José Gutiérrez, y el joven pintor Francisco Lindo. El primero cubrió el ramo artístico de la fase expedicionaria que llegó hasta los 60° de la-

²⁰ AMNM, Ms. 552, f. 152.

²¹ AMNM, Ms. 562, f. 152.

²² AMNM, Ms. 562, f. 152v.

²³ Véase también REVILLAGÍGEDO, 1966, p. 187.

titud norte, en la costa occidental de América. Los otros dos trabajaron en la Nueva España, agregados a la comisión de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, encargada de su estudio; Lindo realizaba hermosos dibujos botánicos, y Gutiérrez retrataba todo aquello que le pedía el incansable Antonio Pineda en sus travesías por el centro del virreinato.²⁴

El palacio virreinal

La tarde del 17 de junio la destinaron para ver el palacio del virrey con todas sus oficinas anexas. El edificio les maravilló por la suntuosidad a la vez que por el carácter sobrio. Superior al palacio limeño, incluso las proporciones le parecieron excesivas a Arcadio, teniendo en cuenta el tamaño de la ciudad. Dentro se encontraban las salas de la Audiencia, del Real Acuerdo, el Tribunal de Cuentas, el de Temporalidades, el de Minería, salas de bienes de difuntos, de censos y de provincias. En la sala del Real Acuerdo, que por cierto tenía su propia capilla decorada al estilo neoclásico, estaban colocados los retratos de medio cuerpo de todos los virreyes que habían gobernado la Nueva España, “en mejor orden y correspondencia que en Lima”.²⁵

La parte oriental de este enorme edificio estaba ocupada por la vivienda del conde, quien recientemente había mandado pintar y hacer algunas modificaciones en el edificio con fines de funcionalidad, todo lo cual daba una imagen de corrección a quien lo visitara. Los salones y sus adornos eran de excesiva sobriedad, teniendo en cuenta la gran riqueza del país. Este virrey no era dado a la ostentación, y empezaba por imponer la sencillez en su propia casa. Además de la secretaría de gobierno, el virrey tenía una privada y otra para los asuntos reservados.

En la secretaría de gobierno había un archivo grandísimo que abarcaba un periodo cronológico amplio; sin embargo, había sido impunemente saqueado por los mismos virreyes

²⁴ GONZÁLEZ CLAVERÁN, 1988, pp. 371-400.

²⁵ AMNM, Ms. 562, f. 156.

que sucesivamente gobernaron la colonia; por supuesto, Arcadio percibió con toda claridad que ello perjudicaba seriamente la “apreciable” historia del reino, pues esos vacíos de información eran irrellenables. A su llegada, el segundo conde de Revillagigedo encontró en vez de archivo un hacinamiento de papeles que, gracias a su iniciativa, organizaba desde hacía dos años un equipo de archiveros, formado por “indios alfabéticos”. Arcadio y sus colegas lo vieron en casi perfecto orden. Aparte del archivo,²⁶ dentro del palacio encontraron un jardín botánico, recientemente agrandado, y donde hacia 1791 se procuraba “establecer las plantas más útiles que incluye la flora de Nueva España”.²⁷

Impresionó favorablemente a Arcadio “la formalidad y el ayre de decoro que el actual virrey a dado a todos los establecimientos del Palacio”, pero no le agradó la “desairada etiqueta, y el formulario que es necesario guardar en todo”, pues ello hacía muy “molestas las visitas de palacio”.²⁸

Casa del Apartado

Arcadio Pineda señala en su diario que esta casa fue fundada en “el tiempo de la conquista”, y administrada por varios particulares hasta que recayó en manos de los Fagoaga. Dado el empeño que esta familia puso en el buen funcionamiento de la casa, el rey les concedió un título nobiliario: marqueses del Apartado, pero en 1788, aunque les conservó su marquesado, les retiró la concesión para administrar esta institución, que pasó a ser una dependencia oficial. Para liquidar el traspaso se les pagó a los Fagoaga 20 000 pesos por la concesión y 40 000 pesos por el edificio.

El objeto de esta institución era separar el oro de la plata, para lo cual contaba con hornos, retortas, molinos, bateas y desde luego personal especializado. Había un laboratorio

²⁶ Por cierto se planeaba trasladar a Chapultepec. Véase nota 95 de este artículo.

²⁷ AMNM, Ms. 562, f. 156v.

²⁸ AMNM, Ms. 562, f. 156.

donde se fabricaban los recipientes de vidrio que la casa requería (más de 40 000 al año). Allí mismo fabricaban también el aguafuerte.

Sólo se procesaban las piezas de plata que contenían suficiente cantidad de oro, y esta plata generalmente procedía de las minas guanajuatenses. En el último año (1790, o 1790-1791) el metal apartado había ascendido a 200 000 marcos, de los cuales 5 000 fueron de oro, quedando al rey de ganancia 80 000 pesos libres.²⁹

Arcadio se excusa de no explicar en sus apuntes cómo laboraban los operarios, porque en aquella primera visita (21 de junio) no vio a nadie trabajando; pero manifestó por escrito sus buenos propósitos de volver. Su hermano, el naturalista Antonio Pineda, también visitó esta casa, pero él sí tuvo la suerte de ver a la gente en acción, de ser espectador de los procesos, así que hizo una minuciosa relación de cómo funcionaba la casa, y por cierto que le admiró el orden y economía con que se llevaba a cabo la tarea de apartar metales preciosos.³⁰

INSTITUCIONES RELIGIOSAS

El Convento de San Francisco

El 10 de junio de 1791 fue uno de los días en que Arcadio Pineda rindió tributo a la memoria de Hernán Cortés; ¿por qué? Debido a la visita que él y sus amigos hicieron por la tarde al convento de San Francisco, pues allí se hallaban entonces depositados los restos del ilustre conquistador de México.

²⁹ AMNM, Ms. 562, f. 157v. Los extranjeros se habían esforzado por conseguir esta concesión proponiendo el “Método Sage” para extraer el aguafuerte, o el de Schwartzemberg de los sajones. Pero el gobierno español —se lee en la documentación malaspiniana— se cuidó muy bien de no ceder el privilegio a “ciertos aventureros que atentos mas a sus particulares intereses que a los nuestros propios han procurado todo el tiempo introducirse en los negocios de las Minas del Nuevo Mundo”. AMNM, Ms. 562, f. 270.

³⁰ GONZÁLEZ CLAVERÁN, 1985, pp. 205-207.

El diarista nos relata que la caja que contenía sus restos se hallaba colocada en un nicho debajo del altar mayor de la iglesia, detrás de una escalera, y que desde luego ni la colocación ni la caja correspondían a la importancia del héroe difunto. Los expedicionarios tuvieron la curiosidad de sacar los huesos, medirlos, e incluso compararlos con un retrato suyo —de mediana ejecución— el cual se localizaba en la capilla mayor, al lado de la epístola. Encontraron con asombro que sus proporciones agigantadas correspondían exactamente a las de la pintura; sin embargo, Arcadio advirtió que él no respondía por la fidelidad del retrato, y que posteriormente se ocuparía en hacer una descripción anatómica del héroe. La situación en que se hallaban los restos del extremeño hizo exclamar a Arcadio Pineda lo siguiente:

Tal es la suerte que sigue siempre a los grandes hombres, este digno conquistador de la América, superior a quantos heroes recuerda la historia, por quien la religión y el estado han yegado a la grandeza, que admira Europa, y por quien posé su casa tan poderosos estados, no solo no logró el tranquilo fruto de sus trabajos en vida, sino que sus sucesores miran sus respetables cenizas como una pesada carga que no pueden soportar, pasando su ingratitude al extremo de hayarse casi insepulto. . .³¹

³¹ AMNM, Ms. 562, f. 152v, 153. Sobre ello cabe señalar que en 1823 Lucas Alamán ocultó los restos de Cortés, los cuales se descubrieron en 1946, y al año siguiente fueron reinhumados en el sitio donde estaban, es decir en la iglesia del Hospital de Jesús. Doña Eulalia Guzmán escribió a fines de los años cincuenta un libro sobre el conquistador y sus cartas de relación al rey Carlos V. En este trabajo hace una semblanza sobre la personalidad cortesiana, tomando en cuenta el aspecto físico, intelectual y su conducta. Para ilustrar el primero confronta varias fuentes del siglo XVI. Francisco López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo lo describen como hombre de “buena estatura”, mientras que Suárez de Peralta lo encuentra “bajo de cuerpo”. En 1946, sus huesos fueron sometidos a un riguroso examen científico por parte de antropólogos del Instituto Nacional de Antropología e Historia y de otros estudiosos. La comisión del INAH dictaminó que sus miembros superiores no eran agigantados, sino que manifestaban “enanismo por sífilis congénita del sistema óseo”, *Relaciones*, 1958, p. LXXXVII. El cotejo de mediciones arrojó una estatura cada- vérica de 158 a 160 centímetros, *Relaciones*, 1958, pp. 535, 536. Esto nos plantea una seria duda ¿La Comisión Científica de Malaspina en Nueva

Esta situación, indignante para el honor hispano, hizo que el virrey Revillagigedo hiciera ver la necesidad —ya antes propuesta— de trasladar sus huesos a la iglesia del Hospital de Jesús, por ser ésta fundación suya; pero su iniciativa al parecer no prosperó, así que sus admiradores de entonces se daban por bien servidos si reunían dinero suficiente para labrarle una sepultura digna de su gloria y hombría.

Arcadio se declara, sin ambages, un ferviente admirador del gran conquistador medellinense; de su obra sin par. Reitera que las recompensas que recibió en vida fueron insignificantes si se comparan a sus méritos. Y ni siquiera logró que se cumpliera su voluntad respecto al sitio donde él quería que reposaran sus restos físicos: la iglesia de Coyoacán, su favorita, cuyo curato había desaparecido hacia 1791, y cuya iglesia estaba en ruinas; así pues su último deseo, en la opinión de Arcadio, no se cumpliría jamás.³²

Bueno, esto es por lo que toca a la figura cortesiana, pero Arcadio también se interesó por las instalaciones del convento franciscano, con lo cual tanto él como nosotros, sus lectores de dos siglos después, nos beneficiamos.

La población del convento de San Francisco de México había decrecido hasta llegar en 1791 a las 120 personas. En cuanto al edificio, tenía varios claustros repartidos desigualmente. La iglesia contenía valiosas alhajas. El retablo de la capilla mayor, de madera, tenía en su centro un tabernáculo de plata magníficamente trabajado, “acaso —asevera Arcadio— el mejor que se halla en México”. El resto de la iglesia estaba repleta de retablos dorados; el adorno “General —observó— es más uniforme que en Lima”. Le llamó poderosamente la atención la talla guatemalteca de un Cristo con una cruz a cuestas. Vio muchas y muy buenas pinturas; en especial le gustó un *Ecce Homo*, ejecutado sobre piedra, obra de autor romano y una “dolorosa” que sólo conserva-

España vio los restos auténticos de Cortés?, ¿los huesos que encontró Alamán fueron los mismos que Pineda vio en San Francisco?, ¿o acaso la humedad y el tiempo hicieron que en 200 años se redujeran sus proporciones?

³² AMNM, Ms. 562, f. 153v.

ba el rostro original, porque curiosamente la habían transformado en una santa: ¡la demanda de los feligreses requería una Santa Águeda en San Francisco! No sé qué tan corriente haya sido este “hábito artístico” de alterar los cuadros tan drásticamente.

Los comerciantes tenían una capilla que en opinión de Arcadio excedía “en el mal gusto a toda la iglesia”.³³ *Mal gusto*, en la pluma de Arcadio debe traducirse por *barroco*. Sabemos de sobra que los ilustrados no comulgaban con este estilo: el que sí respondió a su gusto o cosmovisión era el *neoclásico*.

La sacristía estaba cubierta de cuadros con imágenes de santos y nada menos que una Madonna ¡original de Miguel Ángel! ¿Cuándo llegó tan preciada pieza a la Nueva España? Porque el resto de los ornamentos de esta sacristía se habían importado recientemente de Roma, y, aunque de manufactura exquisita, no eran del agrado del sobrio Arcadio Pineda. El convento conservaba la casulla de uno de los primeros hermanos del Santo de Asís que habían venido a Nueva España, en el temprano siglo XVI. Pero la casulla estaba tan bordada que, en opinión de nuestro autor, debió haber sido muy difícil officiar con ella a cuestras.

De hecho este convento era una auténtica galería de arte, pues todos los claustros y pasillos estaban llenos de capillas y cuajados de pinturas, entre ellas, muchas obras copiadas por autores españoles, especialmente de Rodríguez (¿Juárez?),³⁴ que floreció a principios del siglo XVIII.

Pero —indicó Arcadio— desgraciadamente el mal gusto [que] reyna en la Pluralidad de las comunidades religiosas, las puso en manos de un mal pintor [no dice quién. . .] que desgració la mayor parte, de que se lamentan los que conservan buen gusto. . . el furor de barnizar a perdonado a mui pocos, lo qual degrada la hermosura de las obras.

³³ AMNM, Ms. 562, f. 153v.

³⁴ Puede tratarse de Juan Rodríguez Juárez (1675-1728), pintor barroco, o de su hermano mayor Nicolás Rodríguez Juárez (1667-1734), quien fue sacerdote y pintor, y cuyo estilo es más austero.

Independientemente de que a Arcadio le gustaran o no las piezas descritas, es indudable que nos encontramos ante un convento acaudalado, ante una bonanza colonial que permite incluso importar muchas pinturas de Italia, y, en su defecto, mandarlas copiar. El tiempo, el saqueo, la indolencia, el movimiento de reforma del siglo XIX, y quizá otros movimientos políticos posteriores, destruyeron o hicieron desaparecer tantas maravillas, tantas riquezas de las cuales nos da un testimonio vívido el marino Arcadio. Nos preguntamos con pesar, ¿adónde fue a parar esa perla de San Francisco, obra del portento del renacimiento italiano que se llamó Miguel Ángel?

San Fernando

La tarde del 15 de junio Arcadio Pineda y sus amigos decidieron conocer el Monte de Piedad, pero como estaba cerrado, dirigieron sus pasos al también franciscano convento de San Fernando; sin embargo, la muerte de un religioso tenía vuelta de cabeza a la comunidad, así que tuvieron que conformarse con ver la iglesia, que era “de la misma Arquitectura que la del convento” grande, pero de mucho peor gusto en sus adornos.³⁵

El Hospital de San Hipólito

Fundado en la época del virrey Bucareli, y su edificio levantado gracias a la munificencia del Real Consulado de México, el hospital de la orden de los hipólitos de México era sostenido por el ayuntamiento capitalino, pero en aquel momento las erogaciones de esta última institución le impedían mantenerlo a flote con decoro. La orden era muy pobre, y sólo pudo sobrevivir con la explotación de unas tierras que le fueron cedidas. Por desgracia —se queja Arcadio— esta era la suerte común que esperaba a las instituciones útiles, mien-

³⁵ AMNM, Ms. 562, f. 156.

tras que las que no lo eran solían abundar en riquezas.

La iglesia, anexa al hospital, tenía una hermosa nave, pero estaba pobremente adornada y su retablo mayor, de madera según el gusto local, estaba inconcluso. El autor del diario hace notar que las proporciones del retablo no se hicieron conforme al plano original, por lo cual, mirado desde el altar ofrecía una “especie de perspectiva”.³⁶

En su opinión, el edificio del convento no tenía nada de singular, pero era notable el trato que en el hospital dispensaban los religiosos a los locos: bondadoso, manso, les trataban “con una suavidad que [carecía] de exemplar”, pero desgraciadamente esta mansedumbre y suavidad se revertía en su contra, llegando a costarles la vida a algunos religiosos, pues algunos locos furiosos o de gran peligrosidad los mataban. En aquel verano de 1791 la institución alojaba 130 dementes, los cuales transitaban por los patios, que por cierto eran mantenidos perfectamente limpios. Celdas pequeñas y repartidas en dos pisos rodeaban a estos patios. Los menos locos andaban sueltos (sabemos que todos uniformados) y por ratos llegaban a sostener charlas divertidas; no obstante, señala Arcadio, se gozaba poca tranquilidad en su compañía porque no estaban tan subordinados al loquero como en otras partes. Tenían su capilla, pero el marino dudó que con estos desdichados fieles se pudieran officiar misas con la decencia correspondiente.

En la curiosa opinión del presbítero Alzate y Ramírez, los locos no abundaban en el valle de México, gracias a su salubridad.³⁷ ¡Ojalá esto hubiera sido cierto! Además, es lógico pensar que no todos estarían recluidos en esta noble y benéfica institución.

Cerramos este pequeño apartado citando al autor de nuestro diario veraniego, quien hace un elogio del hospital en estos términos: “Generalmente en América logran estos

³⁶ AMNM, Ms. 562, f. 161v. Los que fueran hermanos de la Caridad, en 1700, por bula papal se constituyeron en la orden hospitalaria y mendicante de San Hipólito, adoptando las reglas de los agustinos. El hospital se estrenó en 1777. El edificio fue construido con fondos del ayuntamiento y luego reformado con los del consulado.

³⁷ LOMBARDO DE RUIZ, 1982, p. 279.

desgraciados de mejor acogida que en Europa, pero la casa de México hace muchas ventajas á quantos he visto hasta ahora.”

LA SOCIEDAD Y SUS DIVERSIONES

Los apuntes de Arcadio Pineda están salpicados de datos referentes a la compleja sociedad novohispana, o capitalina en particular, de las postrimerías del siglo XVIII.

Hay grupos que llaman poderosamente su atención, como el de los léperos. El lépero pertenece a la plebe más ínfima, al artesanado más pobre, porque sólo trabaja lo necesario para poder sobrevivir. También engrosa presumiblemente el ejército de desocupados, o malvivientes. A mi parecer, desde luego discutible, se trata de mestizos que aunque hacen su aparición en la sociedad colonial desde principios del siglo XVI, no acaban de acomodarse, de encontrar su lugar en ella, a fines del XVIII. Son quizá los más rebeldes, los desarraigados, los eternos marginados sociales, pese a no tener necesariamente el estigma de la sangre de negro.

Arcadio les vio usando sólo un calzón y una manta que algunos contemporáneos calificaron de “frazada inmunda”, la cual, a la vez que les servía de abrigo, les servía de lecho. Le faltó añadir que también usaban un sombrero de palma o paja, para cubrir su cabeza poco aliñada. Averiguó que se alimentaban a base de tortillas, frijoles y chiles. Arcadio explica que eran indisciplinados y “de conducta desarreglada”, que sólo la necesidad de sobrevivir les movía a trabajar, desperdiciando así el gran talento que tenían para las manufacturas. Sus producciones, finísimas y hasta admirables, y por cierto realizadas con sólo sus manos, se las pagaban a un precio insignificante que los mantenía en una situación de perenne miseria; “son acaso —añade Pineda— la plebe más infeliz que existe en ninguna parte”, “abatida por naturaleza y por constitución”.³⁸ Esto a los ojos de los

³⁸ AMNM, Ms. 562, f. 156v, 157.

fuereños resultaba paradójico en una colonia tan rica, con tantos recursos y tan abundantes y baratos comestibles.

El pintor y grabador Tomás de Suria, quien durante 1791 trabajó para la Expedición Malaspina, hizo un magnífico dibujo del rostro de un lépero, lleno de fuerza y carácter. Otro autor —¿Bauzá?— dibujó un conjunto de tres léperos, de cuerpo completo, que permiten apreciar cabalmente su vestimenta. Hay un tercer dibujo del parmesano Juan Ravenet, que representa la pintoresca vista de una pulquería citadina, donde vemos a una numerosa clientela de léperos: magnífica estampa de estos hombres del XVIII; también los detectamos en el paisaje urbano dibujado por el también italiano Fernando Brambila, en la obra que tiene por título “La Plaza maior de México”.³⁹

Revillagigedo, preocupado por su indecorosa desnudez, optó en 1790 por prohibir su entrada a las fábricas, funciones públicas, paseos, catedral, así como impedirles trabajar en las obras del gobierno; ello propició que alrededor de 10 000 personas se vistieran por entonces,⁴⁰ suma considerable, teniendo en cuenta que la ciudad contaba con aproximadamente 120 000 almas.⁴¹ La orden se reiteró, en lo que respecta a la entrada a catedral, en abril de 1791;⁴² sin embargo, vemos que no cortó de raíz los hábitos de vestir de los léperos, pues nuestros expedicionarios los vieron semidesnudos deambulando por la calle en 1791.

Arcadio alude también al grupo de los criollos al que se refiere con el nombre de “Acendados”, que quizás, más que propietarios de haciendas, quiere decir dueños de un gran capital. Esta gente vivía con comodidad, a costa de grandes dispendios, pero su falta de ocupación, y la manera insensata de administrar sus caudales, eran la causa princi-

³⁹ Véase SOTOS, 1982, II, fig. 446, núm. 443; fig. 445, núm. 442; fig. 443, núm. 441; fig. 442, núm. 440; fig. 429, núm. 426.

⁴⁰ REVILLAGIGEDO, 1966, p. 168.

⁴¹ VIQUEIRA ALBÁN, 1987, p. 133. Aunque no resulten ser tantos, sí hemos de creer que la plebe representaba cuatro quintas partes de la población. LOMBARDO DE RUIZ, 1982, pp. 88, 89.

⁴² GÓMEZ, 1986, p. 38.

pal por la que se arruinaban las “casas distinguidas”. Arcadio informa que estos “Acendados” mantenían un número alto de criados, a quienes se repartía diariamente una ración con la que sobradamente sustentaban a sus respectivas familias “y agregados”, en suma: a un ejército. Por ello no era difícil encontrar casas que al año gastaban de 12 000 a 16 000 pesos. Y si contamos los gastos del coche, “lujo intolerable” que requería continuos arreglos, el gasto alcanzaba a 20 000 o 24 000 pesos anuales. Aquí no se incluye el costo de los adornos ni las alhajas que requería el *status* de los dueños de la casa.

Arcadio señala que en México era común hallar casas que contaban con más de 100 000 pesos de presupuesto anual, y había “no pocas de 500, 600 y hasta 800 000 pesos”, lo cual nos deja abrumados. Y sin embargo, añade el diarista, no ostentan sus dueños el lujo que familias europeas menos acaudaladas mostraban en público. Quizá esto se debía, explica o intenta explicar Arcadio, a la naturaleza “encojida” y desidiosa del criollo, que le impedía aparecer magnífico. Así por ejemplo, según él, un magnate novohispano apenas se atrevía a invitar a comer a su casa, a menos que tuviera una gran confianza con el convidado.⁴³

Las mujeres ricas le llamaron la atención por la esplendor de sus trajes, pero a excepción de unas cuantas, su conversación le pareció sosa y su aspecto físico poco atractivo. A su favor se alegó que las mujeres novohispanas casadas, criollas o españolas, “son generalmente complacientes con sus maridos, y en esta gran capital no se ha introducido la relajación de costumbres que se nota en otras partes a título de cortejos”.⁴⁴

⁴³ AMNM, Ms: 562, f. 157.

⁴⁴ AMNM, Ms. 562, f. 126-145. El cortejo es un hombre tolerado por el marido, dedicado a piroppear, acompañar y agasajar a la señora, y quien no raras veces acababa por ser su amante. En Madrid cundió esta moda entre las damas, que obviamente estaban desatendidas o aburridas de su cónyuge. Carmen MARTÍN GAITE: *Usos amorosos del dieciocho en España*, Barcelona, Ed. Lumen, 1981, caps. v, vi y vii.

LAS ACTIVIDADES SOCIALES

Visitas y tertulias

En este apartado entran muchas de las actividades en que participaron Arcadio y sus amigos, de manera activa, o como meros espectadores; ya señalamos que fueron objeto de numerosas visitas, y también hicimos notar que Arcadio no soportaba ni recibirlas ni hacerlas; sin embargo, pese a su actitud reacia, hizo algunas excepciones.

Es presumible que fueron invitados a varias “tertulias”, y objeto de no menos convites; no obstante, Arcadio hace escasa mención de ellos. Sólo cita la tertulia del virrey, a la que asistieron el 3 de junio, pero en su diario no cuenta nada de lo que ocurrió allí. Quizá el conde de Revillagigedo aprovechó la ocasión para presentar a los miembros de la Expedición Malaspina con personajes distinguidos de la ciudad; Arcadio resume las actividades de aquel 3 de junio, asegurando que todo fue intrascendente.⁴⁵ Es curioso que el virrey no le haya merecido ningún comentario, aunque transcribió papeles en que se hablaba de él parangonándole al “rey alcalde” de Madrid, Carlos III. En esos manuscritos se lee que el virrey —“esclavo en grillos de oro”— era un trabajador incansable, y para contribuir a hacerle un personaje novelesco, se aseguraba que “ronda[ba] disfrazado” por la ciudad enterándose por sí mismo de lo que ocurría a su alrededor. Había gente a la que llamaban “palaciegos” cuya única ocupación era ir a palacio a enterarse del humor y pasiones del virrey, y en fin, de las novedades, para luego chismosear y darse importancia con ello, tal como ocurría en la corte de España.⁴⁶

Entre las personas que abrieron las puertas de su casa a los viajeros científicos encontramos a un sensible y hospitalario caballero llamado Pedro Bustamente, el cual suponemos gozaba de una buena posición económica. Lo que sí sabemos es que tenía la bonita afición de coleccionar figuras

⁴⁵ AMNM, Ms. 562, f. 151.

⁴⁶ AMNM, Ms. 562, f. 126-145.

de cera. Era tal su pasión por estas pequeñas esculturas que tenía seis artesanos a su servicio, quienes realizaban las piezas que él les solicitaba, pues don Pedro gustaba de tener escenas completas de pasajes literarios, bíblicos u otros temas. Veamos cuáles.

Arcadio elogió el buen gusto de su anfitrión, quien primeramente les mostró el “Misterio de la Redención”, formado por hermosos grupos de ángeles y campiñas cubiertas de diversos árboles, aves, insectos y otros animales de la tierra que por su delicada manufactura dejaron admirado al exigente y refunfuñón marino. Después, don Pedro les mostró una colección de “las diferentes castas de Avitantes que ocupan la América, y las mezclas que los producen, en que al mismo tiempo se expresan los oficios o mercadería en que se ejercitan generalmente cada una”.⁴⁷

Además de disfrutar de tan original expresión artística, admirar este grupo de figuras fue toda una lección sobre la sociedad novohispana. El XVIII fue el siglo clasificador por excelencia. Los reinos mineral, vegetal y animal intentaron agruparse bajo distintos sistemas entre los cuales gozó de gran popularidad el linneano. Y curiosamente los grupos humanos no escaparon a esta “ola clasificadora”. Se puso énfasis en estudiar los grupos raciales y las mezclas, adjudicando un sustantivo a cada una de ellas (zambo, mestizo, mulato, saltapatrás, cambujo. . .).

Por último, el señor Bustamante los llevó hasta la maqueta⁴⁸ que representaba la segunda salida del Quijote. De primorosa ejecución, en parte, la escena se apegaba religiosamente al texto cervantino. Pero por fortuna no se apegaba íntegramente, pues eso lo hacía más singular: un “Quijote a la mexicana”, pues varios adornos, los arreos de los caballos y otros detalles eran netamente novohispanos: la flora era la del país y ¡hasta se incluyeron volcanes en la planicie manchega! Esto resulta perfectamente natural, pues los artesanos —indios o mestizos— tenían que representar

⁴⁷ AMNM, Ms. 562, f. 159.

⁴⁸ Suponemos que este grupo y los anteriores estaban integrados en grandes maquetas.

la ecología que ellos conocían. Sobre su trabajo, Arcadio anotó que “nada prueba mas el ingenio natural de los mexicanos que las primorosas obras que salen de sus manos”.⁴⁹

Teatro, paseos, fiestas

Los expedicionarios malaspinianos fueron participantes o espectadores de algunas formas de diversión de los novohispanos: teatro, paseos y unas cuantas festividades.

A finales del siglo XVIII el teatro capitalino se encontraba en franca decadencia. Hacia 1790 los actores eran de tan bajo nivel que el mismo virrey, segundo conde de Revillagigedo, tomó cartas en el asunto. Un oidor de la audiencia, Cosme de Mier y Tres Palacios, era el “juez de teatro y comedias”; el virrey nombró un censor que pertenecía al clero: Ramón Fernández del Rincón,⁵⁰ quien debía colaborar en el control de calidad y moralidad de las funciones teatrales.⁵¹

Conforme a los registros de Arcadio, la primera vez que asistieron al teatro en México fue el 30 de mayo. Lo más probable es que fuera con sus colegas, y si no, solo, pues cabe aquí señalar que nuestro marino era un fanático del teatro. Hay testimonios de que, siendo ya un hombre madu-

⁴⁹ AMNM, Ms. 562, f. 159. Es una pena que esta artesanía mexicana, como tantas otras, haya desaparecido. Personalmente, recuerdo haber visto figuras humanas de cera, por cierto muy hermosas, en el Museo Bello de Puebla. Eran figuras del siglo XIX, pero supongo que las del XVIII eran muy semejantes. Por otra parte, recordemos que el zoólogo José Longinos Martínez, español, hacía figuras de cera para su gabinete, lo cual habla quizá de un gusto generalizado en la época por las representaciones en este material.

⁵⁰ OLAVARRÍA Y FERRARI, 1961, I, p. 770; VIQUEIRA ALBÁN, 1987, p. 111.

⁵¹ En Guadalajara, a principios del siglo XIX el “comisionado del coliseo. . . directamente responsable de que se mantuviera dentro del teatro la decencia miramiento y decoro. . .”, era un regidor del ayuntamiento local, GONZÁLEZ CLAVERÁN, 1976, p. 89.

ro, pagaba un palco a una amiga, lo cual escandalizaba a más de uno.⁵²

El teatro que Arcadio conoció fue el Coliseo Nuevo, situado en la calle de Colegio de Niñas, y cuya capacidad era de 800 personas. Había sido inaugurado en 1753 por Revillagigedo padre.⁵³ El costo de la entrada fluctuaba entre medio y un real, y las funciones daban comienzo 15 minutos después de la oración, y terminaban entre las 10 y 11.⁵⁴

El diarista anotó que en aquella ocasión el teatro estaba decorosamente iluminado, pero que la concurrencia no pertenecía a la sociedad más selecta. La mayoría de las damas asistieron de mantilla, y las “jentes del patio”, de capa y redecilla; parece ser que para Arcadio era tan importante el espectáculo del foro, como el que representaba el público. Por otra parte, le molestaba el humo producido por los cigarrillos que todos o casi todos se complacían en fumar.⁵⁵ La pieza, en su opinión era impropia del día (cumpleaños del príncipe de Asturias, cuyo retrato, con su correspondiente dosel, estaba colocado a la derecha del teatro), y aunque el baile estuvo mejor “todo se [resentía] del propio mal gusto”.⁵⁶

Respecto a la función del 2 de junio, sólo escribió que “se repitió la misma función del día anterior”, pero con la concurrencia muy disminuida.⁵⁷

⁵² GONZÁLEZ CLAVERÁN, 1988, pp. 464, 465.

⁵³ VIQUEIRA ALBÁN, 1987, p. 59.

⁵⁴ VIQUEIRA ALBÁN, 1987, pp. 70, 71 y ss.

⁵⁵ Este vicio estaba muy arraigado en la colonia, tanto entre los hombres como entre las mujeres; las fumadoras llamaban particularmente la atención de los extranjeros. Así pues, no es de extrañar que uno de los principales ingresos del rey en la Nueva España, era la del Real Estanco del Tabaco.

⁵⁶ AMNM, Ms. 562, f. 149v. En esa época llegó a discutirse si los bailes eran provocativos y, por lo tanto, inconvenientes para el público asistente. En 1786, y de nuevo en 1794, se contempló la posibilidad de prohibirlos por lascivos. Cuando por fin fueron suspendidos, bajaron considerablemente las entradas, motivo por el cual las autoridades volvieron a permitirlos. VIQUEIRA ALBÁN, 1987, pp. 98, 99.

⁵⁷ AMNM, Ms. 563, f. 150v. Por el comentario deducimos que también asistió la víspera.

El 9 de aquel mes se ofreció una “Comedia de magico por consiguiente de pueblo la qual se manifesto vien por la crecida concurrencia de este y la ninguna de jentes de distinción”.⁵⁸ Esta afirmación es muy interesante, y la ratifica al autor Viqueira Albán, quien señala que los ilustrados tenían una idea muy precisa de lo que era una obra de calidad, en contrapartida a una obra popular, sinónimo de vulgar. Al pueblo le atraía la fantasía, lo inverosímil, mientras que el público culto prefería el realismo.⁵⁹ La comedia solía valerse de recursos mágicos para solaz del público.⁶⁰ No hace falta añadir que estas funciones exasperaban a Arcadio Pineda y Ramírez.

Debido a la temporada pascual, el 12 de junio el teatro estuvo casi vacío. Se presentó una obra de Zárate, “el maestro de México”, que para el agrio de Arcadio fue el broche idóneo de un día desaprovechado, lluvioso y en fin, “desgraciado”.⁶¹ Hacia 1791 el asentista de la compañía de teatro era Gerónimo Marani, seguramente de origen italiano; la primera dama, Gertrudis Solís; la primera cantarina Felipa Mercado; el sobresaliente, Fernando Gavila, y el primer sainetero, Sebastián de Guzmán. La orquesta estaba formada por violín, viola, clarión y contrabajo. Los bailes corrían a cargo de Gerónimo Marani, su mujer, sus hijas, y otros parientes.⁶²

El día de San Hipólito, 13 de agosto, se presentó en el Coliseo el “espectáculo de la conquista”, con sainete, música y bailes nacionales de carácter costumbrista. La pieza estaba, al decir de Arcadio, cuajada de inverosimilitudes y ridiculeces: ángeles, milagros, apariciones de Santiago, patrón de España. Por supuesto, el drama no se apegaba a la historia real; todo era “mounstroso” y “disparatado”, al gusto

⁵⁸ AMNM, Ms. 562, f. 152v.

⁵⁹ VIQUEIRA ALBÁN, 1987, p. 102.

⁶⁰ Sabemos por ejemplo, que en Guadalajara, todavía en el primer tercio del siglo XIX, la comedia era el género preferido de los tapatíos, GONZÁLEZ CLAVERÁN, 1976, p. 113.

⁶¹ AMNM, Ms. 562, f. 154v.

⁶² OLAVARRÍA Y FERRARI, 1961, I, p. 132.

del populacho que llenaba a reventar el teatro cuantas veces se presentó la función, que no fueron pocas.⁶³ Arcadio no hace ninguna mención referente al contenido político de la obra. Hacemos este comentario porque justo el año anterior se había armado un escándalo tremendo al poner en escena un drama titulado “México revelado” o “México segunda vez conquistado”, en el que el conquistador de México no salía muy bien librado. Al final, se formaron dos bandos, el de los gachupines indignados ante semejante desacato, y el de los que aplaudían rabiosamente la obra. Por supuesto, fue la primera y única representación de tan heterodoxa pieza.⁶⁴ No sorprende, pues, que ese año de 1791 el asentista inundara el foro de ángeles y milagros que distrajeran al público, y no removieran sentimientos subversivos hacia los dominadores.

Pasear era considerado por los hombres de la ilustración como una sana diversión; hacia 1788 se decía al respecto que “no solo [complacía] la vista y aún el olfato sino que también [contribuía] con otras comodidades o atractivos al saludable recreo de los concurrentes. . . hace mucho más agradable la residencia, aumenta la sociedad y en cierto modo interesa indirectamente la salud de los habitantes”.⁶⁵ Así pues, no es de extrañar que virreyes progresistas se hayan preocupado por construir paseos para la población capitalina, que al decir de algunos, competían con los de Aranjuez. El marqués de Casafuerte, quien gobernó hacia el primer tercio del siglo, acabó con las mascaradas del carnaval, pero a cambio impuso la costumbre del paseo, el cual se extendía desde el domingo de carnestolendas hasta la Pascua de Resurrección.⁶⁶ Desde esta época, el paseo se volvió un esparcimiento obligado, típico de la cuaresma.

Como la tarde del 2 de junio “se estrenara un nuevo paseo formado por el virrey actual”, Arcadio y sus compañeros no perdieron la oportunidad de concurrir. Era el de la

⁶³ AMNM, Ms. 562, ff. 161v, 162.

⁶⁴ VIQUEIRA ALBÁN, 1987, pp. 112, 113.

⁶⁵ LOMBARDO DE RUIZ, 1982, p. 75.

⁶⁶ VIQUEIRA ALBÁN, 1987, p. 145.

Viga, el paseo de moda, que Revillagigedo había reformado últimamente. A Arcadio le pareció divertido observar la cantidad de canoas y coches que lo transitaban para esas fechas; los últimos solían estacionarse en las márgenes de la acequia, formando en conjunto “un agradable espectáculo, el mejor que pueden presentar los paseos de México”.⁶⁷ El hecho de que se colocaran varios puestos con antojos para los transeúntes, a lo largo del paseo, contribuía también a la animación general. También se instalaban pulquerías provisionales y una multitud de *trajineras* con música a bordo transportaban a los visitantes por entre las chinampas.⁶⁸

El único inconveniente del paseo de la Viga era que los árboles, de reciente plantación, aún estaban muy pequeños, y, por otra parte, aún no se apisonaba bien la tierra, por lo cual se levantaban polvaredas que ensuciaban y molestaban a los concurrentes. En aquella ocasión se celebraba el “combate de los paseos”. Es decir, se daba por terminada la peregrinación a Ixtacalco para dirigirse ahora los paseantes al frondoso jardín de la Alameda.⁶⁹

La tarde del 7 de junio Arcadio “y compañía” planeaban ir a Ixtacalco, pero la lluvia les hizo cambiar de planes y se conformaron con ir a La Viga, donde disfrutaron del paisaje, formado por innumerables chinampas o jardines flotantes.⁷⁰ Más tarde tuvieron ocasión de conocer el Paseo de la Piedad, frecuentado por magníficos coches, que en conjunto “daban una idea nada equiboca de la opulencia de México”.⁷¹

En su breve diario, Arcadio Pineda da fe de haber presenciado dos fiestas importantes en la ciudad de México: la conmemoración del cumpleaños del príncipe de Asturias y el

⁶⁷ AMNM, Ms. 562, f. 150.

⁶⁸ VIQUEIRA ALBÁN, 1987, pp. 149, 150.

⁶⁹ AMNM, Ms. 562, f. 150v.

⁷⁰ AMNM, Ms. 563, f. 151v.

⁷¹ AMNM, Ms. 562, f. 157. Véase REVILLAGIGEDO, 1966, P. 185. Arcadio —o su hermano Antonio— hace notar que el último censo de vehículos había arrojado una suma superior a los 600. Sin embargo, añade que el virrey personalmente les comunicó que había 800 coches en la ciudad de México. Desde luego, la fuente era confiable. AMNM, Ms. 562, ff. 126-145.

día de San Hipólito. No menciona ninguna otra. Recordemos que la política festiva de los ilustrados tuvo por objeto ahogar las manifestaciones públicas, especialmente las de carácter religioso, y aunque no era fácil extirpar de golpe y de raíz las tradiciones folklóricas, de hecho sí dieron un duro golpe a varias de estas celebraciones que según su parecer representaban gastos inútiles para el erario, y para el pueblo mismo.⁷²

El 30 de mayo se celebró en la ciudad de México el aniversario del príncipe de Asturias de la siguiente manera. Por la mañana se cantó el tedéum, pero el besamanos no pudieron presenciarlo debido a que el virrey se declaró un poco indispuerto, así que Arcadio, que gustaba de comparar la ciudad y la sociedad novohispana con la también opulenta sociedad y capital del Perú, se lamentó de no haber visto este suntuoso ceremonial, “cuya comparación con los que vimos en Lima nos hubiera causado un doble placer”.⁷³ No obstante, se permitió añadir que aunque la gente lucía sus galas de domingo, éstas no alcanzaban la elegancia de las limeñas.

En cuanto al día de San Hipólito, en que se efectuaba el tradicional desfile del pendón, conmemorativo de la conquista de la ciudad de México por las huestes cristianas del rey de España, encabezadas por Hernán Cortés, dejó mucho qué desear al marino Arcadio Pineda, a quien ya conocimos como devoto admirador del conquistador extremeño.

Arcadio explica que la festividad, que en otro tiempo fue solemne, entonces se había vuelto ridícula. Se realizaba en dos fases: la víspera, el 12 de agosto salían a la calle los principales cuerpos y tribunales, personas nobles y demás personalidades ciudadanas que asistían por rigurosa invitación, montando caballos magníficamente aderezados. El alférez real en turno portaba el pendón y después de una misa solemne se depositaba en el ayuntamiento. El día 13 volvía a repetirse el paseo, se oficiaba misa con tedéum, se ofrecía un lucido refresco, y a veces almuerzo, amenizado con bailes. Pero la *languidez* de los novohispanos permitió que la fiesta

⁷² REVILLAGIGEDO, 1966, P. 153.

⁷³ AMNM, Ms. 562, f. 149.

decayera por completo: unas cuantas gotas de lluvia o una tarde destemplada eran obstáculos “más insuperables que los ejercitos de Moctezuma”, y pese a que la misma ley prohibía el abandono del pendón o estandarte, cualquier pretexto era bueno para excusarse de acompañarlo.

El alabardero José Gómez, contemporáneo de los expedicionarios, anotó en su propio y curioso diario que aquel 12 de agosto de 1791 portaba el pendón Alejandro de Uluapa, quien salió con una pequeña comitiva que no pasó por palacio, sino por el callejón de los Betlemitas. Al día siguiente se reprodujo la función, con la diferencia de que la gente se vistió de gala. En ninguno de los dos días participó el virrey.⁷⁴

Así pues, la indolencia de las autoridades locales, aunada a una política oficial emanada de la península tendiente a suprimir festejos, dieron el golpe de gracia al día de San Hipólito. En 1791 se reducía a una función de iglesia, sin más aparato público que la asistencia en coche, y sin la presencia del virrey Revillagigedo.⁷⁵ Arcadio vio que unos cuantos miembros del cabildo acompañaban el pendón, pero tan pronto se desató el aguacero —perfectamente natural durante el verano— se inició la estampida general, quedando sólo el alférez, el corregidor, coronel Bernardo Bonavía, los porteros, músicos, un escuadrón de dragones y algunos coches que transportaban a miembros de la Audiencia y el Tribunal de Cuentas.⁷⁶

VISITA A LOS ALREDEDORES

Tacubaya

Después de una agitada mañana, llena de compromisos sociales, Arcadio y sus colegas se dirigieron la tarde del 29 de mayo al pueblo de Tacubaya, residencia de descanso del ar-

⁷⁴ GÓMEZ, 1986, p. 41.

⁷⁵ AMNM, Ms. 562, f. 160.

⁷⁶ AMNM, Ms. 562, f. 161.

zobispo de México.⁷⁷ La llanura próxima a Tacubaya fue en otro tiempo una laguna, escribe Arcadio. Este dato debió oírsele a su hermano, el naturalista Antonio, o al sabio Alzate. La población contaba con un magnífico acueducto que llevaba el agua potable; esta útil obra de ingeniería la emprendió el arzobispo Vizarrón,⁷⁸ quien mientras ocupó este alto cargo eclesiástico se preocupó por erigir construcciones arquitectónicas de importancia.

El “venerable anciano” que ocupaba la silla arzobispal en 1971, era muy afortunado en la opinión de Arcadio, pues vivía en una mansión de 64 piezas repartidas en dos pisos, sin contar la habitación de los caseros y un mirador desde donde se gozaba una vista espléndida de la vega de México y los pueblos aledaños. Este “palacio campestre” estaba rodeado de huertas, de hermosísimos jardines, olorosos y cuajados de flores multicolores, de olivares. Arcadio estaba tan emocionado allí, que cuando evocó lo que había visto escribió que aquel era “uno de los paisajes más deleitosos que sabe proporcionarse la Yndustria humana, perfeccionando en cierto modo a la naturaleza”.⁷⁹ Indudablemente, Arcadio disfrutaba mucho más observando la naturaleza, que con la compañía de los hombres.

Coyoacán

A Coyoacán podía llegarse por el hermoso Paseo de la Piedad, cuyo verdor lo hacía muy grato a los transeúntes, aunque la vista, según Arcadio, no era tan espectacular como

⁷⁷ Se trata de Alonso Núñez de Haro y Perálta, nacido en Cuenca, España, en 1729. Tomó posesión del cargo de arzobispo de México en septiembre de 1772, y murió ejerciéndolo en la ciudad de México en 1800. BRAVO UGARTE, 1965, p. 64. Además, fue virrey de la Nueva España en 1787, durante un periodo de tres meses. Cuando la Expedición Malaspina visitó la Nueva España contaba cerca de 62 años.

⁷⁸ Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta. Oriundo del Puerto de Santa María, Cádiz, fue designado arzobispo de México en 1730. Muere en la capital novohispana en 1747. BRAVO UGARTE, 1965, p. 64.

⁷⁹ AMNM, Ms. 562, ff. 148v, 149.

la panorámica que se disfrutaba desde el mirador de Tacubaya. Era un pueblo pequeño, de traza irregular y clima templado, ni tan húmedo como San Agustín de las Cuevas, ni tan seco como San Ángel. Allí solían retirarse las personas aquejadas de “enfermedades provinciales”.⁸⁰

El 5 de junio Arcadio visitó por segunda vez este pueblo que cobraba gran animación durante el verano. Tal estación imponía una diáspora en la ciudad de México, pues sus habitantes emigraban temporalmente a Coyoacán, San Agustín y San Ángel, donde supuestamente el temperamento era más saludable, y las lluvias incomodaban menos. Coyoacán no fue sólo el sitio favorito de Hernán Cortés; también lo fue de varios virreyes, y a fines del siglo XVIII gustaban de ir allí varias familias acaudaladas de la capital que poseían casas campestres muy bonitas. Arcadio cuenta que hubo un tiempo en que los dominicos administraban muchas posesiones en Coyoacán, pero que por pura indolencia las perdieron. La iglesia estaba en ruinas por un pleito entre los marqueses del Valle y el real vicepatronato: ambos se excusaban de reconstruirla, y quienes salieron perdiendo fueron los feligreses. Había unas cuantas capillas y apenas tres piezas reparadas. Arcadio trepó a la azotea para poder contemplar la vista del valle mexicano, que jamás cansaría a un espíritu sensible.⁸¹

El 13 de junio de 1791 los hombres de Malaspina fueron invitados a una fiesta típica de la tierra: a una “jamaica” en el pueblo de Coyoacán. Este era una ocasión en que la gente se regocijaba de la siguiente manera: las damas jóvenes de sociedad se vestían imitando a los indígenas, pero de una manera que ostentaba su riqueza, es decir, con pedrería y telas finas, de suerte que sólo por la hechura del huipil y por el peinado, se sabía que intentaban asemejarse a las indias mexicanas. Este gesto o costumbre es de gran valor, pues demuestra que la élite no desdeñaba lo autóctono, sino que por el contrario, se lo apropiaba en festejos como éste. Estas jóvenes señoritas, seguramente criollas, ponían pues-

⁸⁰ AMNM, Ms. 562, f. 149v.

⁸¹ AMNM, Ms. 562, f. 151.

tos de comida, frutas y bebidas refrescantes, creando un ambiente de feria, donde su habilidad como vendedoras constituía la diversión de los concurrentes y de ellas mismas. Las más desenvueltas y parlanchinas ganaban más dinero, logrando que sus admiradores hasta se empeñaran. Aquel 13 de junio comenzó de pronto a llover a cántaros, con lo cual se hizo necesario posponer la “jamaica” para el día siguiente. Pero como ya había mucha gente reunida allí, de todas formas se organizó un baile, en que participaron las vendedoras y los convidados. Se ejecutaron minués, contradanzas, alternando con bailes de la tierra, “por lo regular lánguidos. . .”.⁸² Definitivamente, las “jamaicas” no lograron entusiasmar a Arcadio Pineda.

San Agustín de las Cuevas

El último día de la Pascua de 1791, el 17 de junio, Arcadio y los suyos lo pasaron en San Agustín de las Cuevas, hoy conocido como Tlalpan. Las funciones pascuales, señaló en su diario, “nos proporcionaron un espectáculo de las grandezas de México, en que poder hacer juicio de las restantes”.⁸³ A San Agustín concurría mucha gente distinguida, y las mujeres se “disfrazaban” con trajes usados por las castas; es decir, no solamente con los atuendos de las indias, como en las “jamaicas”, sino también, quizás, con los de las negras o mulatas; pero en todo caso, no evitaban hacer alarde de su posición económica, pues los trajes eran realmente de gala. Muchas damas aprovecharon la ocasión para usar la prenda entonces de moda: la “sapatea”, que era un sombrero negro, de copa alta y con unos encajes colgando.⁸⁴

Arcadio no se aguantó las ganas de hacer comentarios respecto a las féminas. Aseguró haber visto un crecido número de “lamas de mérito”, aunque, en su mayoría no eran “hijas de México”. Pero todas sin excepción —añade

⁸² AMNM, Ms. 562, ff. 154v, 155.

⁸³ AMNM, Ms. 562, f. 155.

⁸⁴ AMNM, Ms. 562, ff. 126-145.

el diarista— manifestaban en sus fisonomías la inclemencia del país: lánguidas, descoloridas, reseca, con malas dentaduras y caderas y pechos planos, lo cual les impedía lucir bien entalladas.⁸⁵ ¡Este señor sí que era lapidario!

Los hombres también asistían perfectamente vestidos, “todo respira[ba] el lujo y la voluctuosidad pero por fortuna uno y otro [eran] incomparablemente inferiores al [del] Perú”. Conocemos de sobra el gusto parco de Arcadio, y su intolerancia ante lo superfluo que pudiera rayar en lo barroco.

Por las mañanas, la gente reunida en San Agustín se entretenía en bailar y en ir a las peleas de gallos que se efectuaban en un local más capaz que una plaza de toros. Además de su gran tamaño, estaba muy bien adornado. A Arcadio le gustó esta construcción de madera en forma octogonal, de 40 varas de diámetro en el claro central, el cual estaba cubierto por “una especie de sombrero primorosamente colocado”.⁸⁶ Una valla separaba el espacio de los gallos de la gradería. En aquel 1791 el palenque se remodeló por cuenta del rey, y lo administraban funcionarios de la corona. El costo de la entrada por todo el día era de doce reales por persona.

Allí se daban cita hombres y mujeres para ver el “sangriento espectáculo” que se animaba con las apuestas: las peleas de gallos. Los “corredores”, “heraldos” o “encomendados”, a gritos destemplados incitaban a los presentes —que por cierto no paraban de fumar— a apostar fuertes sumas de dinero por los gallos favoritos. Al marino Arcadio le sorprendió ver “el desprecio y la activa circulación con que se trata el dinero. Los tapados y atraviesos de quinientos y de mil pesos son comunes, sin desdeñarse las damas de interesarse. . .”.⁸⁷

⁸⁵ AMNM, Ms. 562, f. 155.

⁸⁶ AMNM, Ms. 562, f. 155v.

⁸⁷ AMNM, Ms. 562, f. 155. Los expedicionarios se enteraron de que era común hacer trampas en este juego, a costa del sufrimiento de las pobres aves peleadoras. AMNM, Ms. 562, ff. 126-145. En la colección de dibujos de la Expedición Malaspina hay dos de Tomás de Suria relativos a esta diversión. Véase SOTOS, 1982, II, fig. 374, núm. 369; fig. 375, núm. 370.

Solían organizarse bailes al pie de la cuesta del Calvario, y los aguaceros que de repente caían formaban parte de la diversión al obligar a los bailarines a correr hacia los coches para resguardarse de la empapada. Por la noche se iluminaba la plaza de gallos, no sólo porque continuaban las peleas de estas desdichadas aves, sino porque el local se llenaba a reventar de gente bien dispuesta a divertirse, pues allí se armaba un “magnífico vayle sin etiqueta ni enredos”. No sólo acudían los acaudalados a solazarse; también iban personas de menor rango social. Las mujeres, bien vestidas a su manera, con muchas cintas y lazos; en realidad el traje no se diferenciaba mucho del español “excepto que en lugar de mantilla usan de un paño en figura de toalla el cual manejan diestramente”.⁸⁸ Arcadio se admiró al ver el gran orden que imperaba en la fiesta. El público alternaba, pero no se mezclaba:

El dozil pueblo y la sensible clase media (si esta puede distinguirse en América) se retiran a las gradas sin mezclarse en el vayle hasta los intermedios que les tocan. Minues y contradanzas se vayan por elección y el circo es capaz de que se vayan a un tiempo 14 ó 16 con toda comodidad y contradanzas de más de 50 parejas, sin que en tan crecido número de jentes, que todas tenían igual derecho, se notase la menor alteración, ni disputa, prueba nada equívoca de la subordinación y breve índole del pueblo.⁸⁹

Cuando la gente del pueblo se apoderaba de la pista en los intermedios, lo que se bailaba eran danzas regionales.⁹⁰ Cabe preguntarse si el seco de Arcadio y sus colegas se animarían a bailar en aquellas fiestas pascuales de San Agustín. En todo caso, creemos que la pasaron bastante bien.

⁸⁸ AMNM, Ms. 562, ff. 126-145.

⁸⁹ AMNM, Ms. 562, f. 155v.

⁹⁰ Como el bergantín y otro que “tiene algo de pantomima”. AMNM, Ms. 562, ff. 126-145.

La Villa de Guadalupe

Lo que atraía a los visitantes desde hacía años al santuario de Guadalupe, era ver la capilla, la iglesia y, sobre todo, la imagen milagrosa de la virgen morena que en el siglo XVI se apareció, según la tradición, al indio Juan Diego. Seguramente que todavía muchos de los devotos indígenas de aquel siglo acudían a este lugar sagrado para honrar a la Diosa Toci, a través de la figura cristiana de Guadalupe: curioso sincretismo que sigue caracterizando a muchas de las tradiciones religiosas de nuestro país. En la segunda mitad del siglo XVIII se construyó la colegiata, que en su interior se adornó con costosísimas obras de oro y plata y sillería de maderas preciosas, pero, como de costumbre, los retablos y toda la iglesia, en opinión de Arcadio, “se recienten del malísimo gusto dominante en toda especie de obras del 600”,⁹¹ es decir, del gusto barroco al que fue tan afecta la Nueva España, y de alguna manera sigue siéndolo el México actual.

Pero a pesar de tanto dinero invertido, el edificio se cuarteó; Arcadio Pineda creyó que se debía a la poca solidez del terreno, y otros lo atribuyeron a la reciente construcción anexa de un convento de capuchinas. Este convento de monjas databa de 1781 y se levantó gracias a la generosidad de los fieles y al carisma de una dama de Puebla llamada Mariana Veytia.⁹²

La historia de Mariana Veytia impresionó a Arcadio Pineda, pues es muy particular. Esta joven, dotada de grandes talentos, estaba a punto de contraer matrimonio con un europeo, pero como soñó que él estaba ya casado, decidió romper el compromiso e ingresar en la orden capuchina. Con el tiempo se comprobó que efectivamente su prometido no era libre, lo cual la llenó de prestigio a los ojos de sus contemporáneos. Mariana logró el apoyo del virrey para fundar ese convento en la Villa de Guadalupe, del cual fue su primera

⁹¹ AMNM, Ms. 566, f. 158v.

⁹² El clero la apoyó para reunir el dinero necesario, por vía de limosnas, de indulgencias. Las gentes de los alrededores por su parte, regalaron su trabajo para erigir el edificio. LOMBARDO DE RUIZ, 1982, p. 106.

abadesa. La cuarteadura de la colegiata hizo que la imagen de la virgen pasara temporalmente —para regocijo de las capuchinas— a su convento, así que allí la vio la Comisión Científica de Malaspina.⁹³

Arcadio no pudo ver el rostro de esta notable mujer, pero señala que sus virtudes eran perceptibles aún sin mirarla. La que en vida seglar se llamó Mariana Veytia, era amiga de virreyes, del arzobispo, y de todo el pueblo que la visitaba con frecuencia, pues ella sabía hacerse amar.⁹⁴

Chapultepec

Entre junio y agosto de 1791, Arcadio tuvo ocasión de ir a conocer el palacio de Chapultepec, que fue construido en 1785, para “recreación de los virreyes”. El plano original lo diseñó el ingeniero Barbiteli, pero la falta de presupuesto hizo prescindir de su proyecto y servirse del plano trazado por el también ingeniero Manuel Mascaró. Para llevarlo a cabo se recurrió a fondos producidos por las corridas de toros; como había salido tan caro se planeó vender el edificio y recuperar la inversión; pero, desde luego, no era fácil venderlo. Para aprovecharlo, el segundo conde de Revillagigedo pensó crear allí el archivo virreinal.⁹⁵

Lo que agradó a Arcadio fue su fachada y las vistas que se disfrutaban desde la cima del cerro, donde justamente se construyó el edificio, que más que el siglo XVIII siempre nos evoca la mitad del XIX.

⁹³ José Gómez anota que el traspaso de la imagen tuvo lugar el 9 de junio de 1791. GÓMEZ, 1986, p. 40.

⁹⁴ AMNM, Ms. 562, ff. 158v, 159. Arcadio no registra otro dato de “La Villa”; no le llamaron la atención los restos fósiles situados al pie del cerro, ni la calidad de las *milagrosas* aguas del pocito guadalupano, analizadas químicamente por el botánico Cervantes, y que por supuesto interesaron a su hermano Antonio, y a Alzate y Ramírez. LOMBARDO DE RUIZ, 1982, pp. 298, 299 y 363.

⁹⁵ AMNM, Ms. 562, f. 157; REVILLAGIGEDO, 1966, p. 150. Pero la idea no cuajó entonces ni en el siglo XIX, en que Iturrigaray quiso renovar el proyecto. La guerra de independencia lo impidió. VIQUEIRA ALBÁN, 1987, p. 230.

DIARIO DE ARCADIO PINEDA EN LA CIUDAD DE MÉXICO

CRONOLOGÍA

<i>Año 1791</i>		<i>Actividades</i>
28 de mayo	tarde:	Convidados por el catedrático Vicente Cervantes, miembro de la Real Expedición botánica de Nueva España, asisten a la función de apertura de un nuevo curso de botánica en el Jardín y aula provisional. Posible visita al Tribunal de la Acordada.
29 de mayo	mañana:	Reciben visitas.
	tarde:	Se dirigen al pueblo de Tacubaya.
30 de mayo		Fiesta con motivo del cumpleaños del príncipe de Asturias. Tedéum. Visita al virrey. Paseo de Coches.
	noche:	Asisten al teatro.
31 de mayo	tarde:	Paseo a Coyoacán.
1 de junio	tarde:	Pasan a la casa de Antonio de León y Gama, situada en la calle del Reloj, a recoger un cuarto de círculo.
	noche:	Asisten al teatro.
2 de junio	mañana:	Reciben visitas. Compostura del cuarto de círculo. Examen de papeles.
	tarde:	Paseo de la Viga.
	noche:	Asisten al teatro.
3 de junio	mañana:	Trabajan en sus respectivas comisiones.
	tarde:	Tertulia en casa del virrey Revillagigedo.
4 de junio		Examen de papeles (marquesado del Valle).
	noche:	Llega a la ciudad de México, procedente de Acapulco, Antonio Pineda y Ramírez.
5 de junio	mañana:	Reciben visitas. (El virrey no puede recibir a Antonio Pineda).
	tarde:	Excursión a Coyoacán.
6 de junio	mañana:	Trabajan en sus respectivas comisiones, interrumpidos por "muchísimas visitas".
	tarde:	Visitan el gabinete de Sebastián Páez, superintendente de la aduana.

DIARIO DE ARCADIO PINEDA EN LA CIUDAD DE MÉXICO

CRONOLOGÍA (*continuación*)

<i>Año 1791</i>	<i>Actividades</i>	
7 de junio	mañana:	Trabajan y reciben algunas visitas.
	tarde:	Paseo de la Viga.
8 de junio	mañana:	Suspenden sus tareas.
	noche:	La lluvia les impide pasear.
9 de junio	mañana:	Buscan escribientes que colaboren en la transcripción de documentos.
	tarde:	Visitan el gabinete de historia natural de José Longinos Martínez, miembro de la Real Expedición Botánica de Nueva España.
	noche:	Visitan la Real Academia de San Carlos.
		Asisten al teatro.
10 de junio	tarde:	Visitan el convento de San Francisco.
11 de junio		Se realiza el intercambio científico entre Alzate y Antonio Pineda, en el campo de la zoología.
12 de junio	mañana:	Reciben visitas.
	noche:	Asisten al teatro a ver una comedia de Zárate.
13 de junio		Pasan el día "en el campo en el pueblo de Coyoacán".
		Asisten a una "jamaica".
14 de junio		Último día de Pascua. Van a San Agustín de las Cuevas (Tlalpan).
15 de junio	mañana:	Arcadio transcribe documentos y logra contratar un escribiente.
	tarde:	Visitan el convento de San Fernando.
16 de junio		Arcadio trabaja en su comisión auxiliado por dos escribientes.
17 de junio	tarde:	Visitan el palacio virreinal.
18 de junio		Arcadio proporciona breves noticias sobre la riqueza y la sociedad novohispanas.
19 de junio		Asisten al paseo de La Piedad.
20 de junio		Anota Arcadio breves noticias (en cifras) relativas a la producción de oro y plata de la colonia.
21 de junio		Breves anotaciones sobre la plebe de la Nueva España.

(continuación)

<i>Año 1791</i>	<i>Actividades</i>
[Junio-julio-agosto]	Visita a la Casa del Apartado. Visita a la Villa de Guadalupe. Visita al palacio de Chapultepec. Visitan la casa de don Pedro Bustamante y su colección de figuras de cera.
13 de agosto	Visita a la universidad. Visita a la catedral. Fiesta del día de San Hipólito. Paseo de pendón.
[¿13 de agosto?] [¿13 de agosto?]	Visita al Hospital de San Hipólito.
noche:	Asisten al teatro. Presencian el "espectáculo de la conquista".

SIGLAS Y BIBLIOGRAFÍA

- AMNCN Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid.
AMNM Archivo del Museo Naval, Madrid.

BAZÁN ALARCÓN, Alicia

- 1969 "El Real Tribunal de la Acordada y la delincuencia en la Nueva España", *Historia Mexicana*, vol. XIII:3 (51), El Colegio de México (ene.-mar.)

BRAVO UGARTE, José

- 1965 *Diócesis y obispos de la Iglesia Mexicana (1519-1965)*, México, Editorial Jus, 2a. edición (Colección México Heroico).

GÓMEZ MORENO, José

- 1986 *Diario curioso y cuaderno de las cosas memorables en México durante el gobierno de Revillagigedo (1789-1794)*, versión paleográfica, introducción, notas y bibliografía por Ignacio González Polo, México, UNAM.

GONZÁLEZ CLAVERÁN, Virginia

- 1976 *El ayuntamiento y las diversiones públicas en Guadalajara*

- 1808-1832, México, INAH-SEP (Cuadernos de los Centros, 33).
- 1985 “Antonio Pineda y la química moderna en la Nueva España”, *Ciencia*, Academia de la Investigación Científica vol. xxxvi, núm. 4, México (diciembre).
- 1988 *La Expedición Científica de Malaspina en Nueva España 1789-1794*, México, El Colegio de México.
- 1988a “La Expedición Malaspina y su instrumental científico”, *Quipu*, revista de la Sociedad Latinoamericana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, vol. 5, núm. 1, México (ene.-abr.).

LOMBARDO DE RUIZ, Sonia

- 1982 *Antología de textos sobre la ciudad de México en el periodo de la Ilustración (1789-1792)*, México, INAH-SEP, (Colección Científica 113).

OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de

- 1961 *Reseña histórica del teatro en México (1538-1911)*, prólogo de Salvador Novo, México, Editorial Porrúa. t. I.

Relaciones

- 1958 *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión del Anáhuac*, aclaraciones y rectificaciones por la profesora Eulalia Guzmán, México, Libros Anahuac, 1958.

REVILLAGIGEDO, Segundo conde de

- 1966 *Informe sobre las Misiones-1793-e Instrucción Reservada al Marqués de Branciforte-1794-*, introducción y notas de José Bravo Ugarte, México, Editorial Jus.

SOTOS SERRANO, Carmen

- 1982 *Los pintores de la expedición de Alejandro Malaspina*, Madrid, Real Academia de la Historia, t. II.

VIQUEIRA ALBÁN, Juan Pedro

- 1987 *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, Fondo de Cultura Económica.